

CAPÍTULO XLVI

RECONOCEDOR Y REFLEXIVO

Entre otras menores alteraciones en la vida de mister Carker y en sus hábitos, acaecidas por este tiempo, hubo una muy notable, consistente en la extraordinaria diligencia con que se aplicó á los negocios y el minucioso cuidado con que investigaba los asuntos de la casa. Con actividad y penetración en todas las materias, sus ojos de lince habían aumentado su visualidad veinte veces. Y no se contentaba con las ocupaciones propias de cada día sino las aumentaba, hallando tiempo, mejor dicho haciéndolo, para pasar revista á las precedentes transacciones de la casa, durante larga serie de años. Con frecuencia, cuando ya se habían ido los empleados y las oficinas se encontraban desiertas y sombrías, mister Carker procedía á la exploración de los libros y de misteriosos papeles, abriendo la caja de caudales como si tratara de una investigación anatómica para seguir el curso de fibras ó de nervios. Perch, el conserje, que generalmente se quedaba en el escritorio mientras mister Carker no se iba, ocupaba estas horas extraordinarias en leer á la luz de una vela el Boletín de los Precios corrientes, ó en roncar al lado de la

chimenea, con riesgo de caerse de cabeza encima del cubo del carbón. Pero no por esto dejaba Perch de prestar su tributo de admiración á mister Carker, elogiando tan celosa conducta en sus conversaciones domésticas y explicando á su mujer (mistress Perch amamantaba dos gemelos) la asiduidad y perspicacia de aquel caballero de la City.

El acrecentamiento de atención que Carker revelaba en los negocios de la casa lo ponía también en sus negocios personales. Aunque no era propiamente socio — elevadísima distinción reservada á los herederos del gran nombre de Dombey — tenía una participación en las utilidades. Las facilidades que para la colocación de su dinero se le ofrecían le habían allanado el camino, de suerte que tenía fama de hombre rico. Hasta se decía, entre algunos murmuradores maliciosos, que Jem Carker, de la casa Dombey, « las veía venir » y estaba liquidando de prisa para entrar lo más posible en fondos : en el Stock Exchange se hacían apuestas á que Jem se casaría pronto con una viuda rica.

Pero ninguna circunstancia era susceptible de alterar la manera de ser de Carker para con mister Dombey : seguía tan pulcro, tan compuesto, tan pulido ; en una palabra, tan gato como de costumbre. En realidad no había cambio en Carker : sus condiciones eran siempre las mismas ; únicamente que estas condiciones se revelaban con una intensidad mayor. Cualquiera de las cosas en que pusiera su atención parecía absorberle por completo : prueba evidente, tratándose de un hombre tan hábil, de que perseguía un propósito capaz de interesar su perspicacia por entero.

El único cambio positivo que en Carker se notaba

era que yendo á caballo por las calles se ensimismaba en profundas meditaciones, lo mismo que aquel día del accidente á mister Dombey. Entonces, si acertaba á salvar los obstáculos del camino, era maquinalmente y hasta que llegaba á su término no parecía ver cosa alguna, como no fuese haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo.

Dirigíase un día, montado en su caballo de patas blancas, á su escritorio, cuando, sin que él se enterara se quedaron mirándole dos mujeres. Ni tampoco se enteró Carker de que desde hacía rato no le quitaba ojo, como suele decirse, Rob el Grinder. Debía éste esperarle en determinado lugar, pero como demostración de puntualidad en vez de esperar en su sitio había salido al encuentro de su amo, y le seguía corriendo y tratando de llamar su atención en fuerza de quitarse el sombrero.

— ¡Mira, mira quién pasa! — exclamó una de aquellas dos mujeres á su compañera.

La que así hablaba era una vieja. Con descarnada mano señalaba á Carker, al mismo tiempo que, juntamente con una joven que la acompañaba, trataba de esconderse detrás de los pilares de un portalón.

La joven siguió con la vista la dirección que marcaba su madre — mistress Brown — y su rostro ardió en ira.

— No pensé volver á verle nunca — dijo en voz baja aquella joven — pero acaso no esté demás el que le haya visto. ¡Quién sabe!

— No está muy cambiado — dijo maliciosamente la vieja.

— ¡Cambiado él! — repuso la joven — ¿Por qué habría de estarlo? ¿Ha sufrido, él? Yo he cambiado, por veinte. ¿No basta?

— ¡Mira quién pasa! — volvió á decir la vieja, fijando sus ojos, ribeteados de encarnado en el rostro de su hija. — Mira como se pasea á caballo, mientras nosotras andamos en el fango.

— Y está bien — repuso impacientemente la hija. — Somos barro, bajo los pies de su caballo. Nada más que esto.

Iba á replicar algo la vieja, pero Alicia la hizo imperiosa señal de que no hablase, como si hasta el oír pudiera estorbarla en la contemplación del caballero á quien seguía ardentemente con la vista. Cuando éste ya no se veía, Alicia suspiró como si aquella desaparición la produjera alivio.

— Alicia mía — dijo entonces la vieja — Alicia ¿le dejas irse de ese modo, pudiendo sacarle algunos cuartos? ¿Cómo eres tan mala hija?

— ¿No he dicho á usted ya que no quiero dinero de ese hombre? — replicó Alicia. — ¿Se empeña usted en no creerme? ¿No rechacé el dinero de su hermana? ¿Recibiría yo ni un penique procedente de sus blancas manos, salvo el caso de que pudiera envenenar yo la moneda, antes de devolvérsela? Vamos, madre, sigamos sin más discusión nuestro camino.

— ¡Que él sea tan rico — murmuró la vieja — y nosotras tan pobres!

— Tan pobres que no podemos devolverle ni una parte del mal que nos ha hecho — repuso la hija. — Que me diera riqueza para esto y la tomaría hasta de él mismo. Vámonos, madre.

Pero la vieja al ver que volvía el joven Rob conduciendo por la brida el caballo de Carker, siguió parada revelando gran curiosidad y atenta al conductor del caballo como si quisiera conocerle. En efecto, le conocía. De modo que haciendo á su hija señas de

que callara salió al encuentro de Rob y dándole una palmadita en el hombro le dijo :

— ¡Hola, hola! ¿Qué ha sido de mi vivaracho Rob en tanto tiempo?

La viveza de Rob quedó sumamente disminuida al escuchar este saludo; más bien parecía asustado y así, casi con lágrimas en los ojos contestó diciendo :

— ¡Oh, señora Brown! ¿por qué no deja usted tranquilo á un pobre chico que se gana honradamente la vida y observa conducta respetable? ¿Por qué compromete usted la reputación de un pobre chico, parándole en la calle cuando lleva á la cuadra el caballo de su amo? Un caballo que ya quisiera usted coger y venderlo aunque fuera por una miseria. — Y en seguida, como la peor injuria que se le ocurría dirigir á mistress Brown, añadió Rob: — Mucho tiempo hace que la tenía á usted por muerta.

— Oye, oye lo que dice — exclamó la vieja dirigiéndose á su hija — oye lo que me dice, á mí, que le he favorecido durante semanas y meses, cuando se dedicaba á la caza de palomas y de gorriones.

— Deje usted á los pájaros, señora — contestó Rob con expresión de angustia. — Preferible es haberse-las con leones que con esos bichos, que salen á relucir cuando menos lo espera uno. No me hable usted de eso, señora. Y dígame cómo está usted y qué desea usted!

Estas palabras podían tomarse por corteses; pero el tono con que las pronunció el muchacho era de desesperación y de ira.

— ¡Con qué dureza habla este chico á su vieja amiga! — dijo mistress Brown dirigiendo la palabra á su hija. — Pero otros viejos amigos hay que no tendrían mi paciencia. Si fuera yo en busca de algu-

nos de éstos con quienes éste ha « trabajado » y les dijera por dónde anda...

— ¡Calle usted la lengua! — exclamó Rob mirando en derredor con espanto, como si temiese ver la figura de su amo, pronta á agarrarle del pescuezo. — ¿Qué gusto tiene usted en perder á un pobre muchacho? ¡Y á la edad de usted, cuando sólo debería pensar en... otras cosas!

— ¡Qué bonito caballo! — dijo la vieja acariciándole en el cuello.

— ¡No le toque usted! — gritó Rob rechazando la mano de mistress Brown. — Bastanté daño me ha hecho usted á mí.

— ¿Qué daño es ese? — repuso la vieja.

— Sí señora — contestó Rob. — Porque mi amo conocerá que han tocado al caballo, aunque no sea más que con una paja.

Y como si efectivamente creyera lo que estaba diciendo, pasó con suavidad el dedo como para borrar la huella que hubiera podido dejar la mano de la vieja.

Mistress Brown habló algunas palabras á su hija y en seguida echó á andar al lado de Rob que se iba con el caballo.

— Es buen empleo el tuyo ¿eh? — dijo la vieja prosiguiendo aquel diálogo. — Tienes suerte, muchacho.

— No me hable usted de suerte — contestó Rob parándose otra vez y mirando á su interlocutora. — La suerte sería no haber tropezado con usted ó no volver á encontrarla en mi vida. ¿No podría usted apartarse y no seguirme de este modo? Si esa señora que viene con usted no quiere seguir perdiendo el tiempo con usted, lo mejor que puede hacer es llevársela.

— ¡Cómo! — refunfuñó la vieja arrimando su cara

á la de Rob y haciendo una mueca amenazadora. — ¿Te atreves á renegar de tu amiga? Tú, que te has refugiado en mi casa mil veces, que has dormido en ella, sin lo que te hubieras quedado en medio del arroyo, tú, te atreves á hablarme de ese modo... Es decir, que después de hacer negocios juntos, me despides de tu lado; á mi, que puedo echarte encima, sin más tardanza, mañana temprano, una porción de conocidos antiguos de los que no te escaparás, de seguro. ¡Conmigo te atreves á ser insolente! Ahora lo verás. Alicia, vámonos.

— ¡Deténgase usted, mistress Brown! — exclamó el desgraciado. — ¿Qué va usted á hacer? No se incomode usted : no la deje usted que se vaya. No he tenido intención de ofenderla. ¿No la he dicho á usted al principio « ¿cómo está usted? » Y no me ha contestado usted aún : ¿cómo está usted? Además — añadió lastimosamente Rob — no es posible pararse aquí, en la calle, cuando se lleva á la cuadra un caballo y se tiene un amo tan exigente como el mío.

La vieja hizo como si se apaciguara un poco al oír aquellas disculpas, pero murmuró algunas palabras entre dientes.

— Venga usted á la caballeriza — dijo Rob — tomará usted una copa de algo bueno, que la gustará, mistress Brown ¿quiere usted? Vale más que seguir aquí, para usted y para todos. Venga usted también con nosotros — añadió Rob dirigiéndose á la joven. Y volviendo en seguida á dirigir la palabra á la vieja añadió : — De veras hubiera tenido mucho gusto en encontrar á usted si no fuera por el caballo.

Dadas estas explicaciones echó á andar nuevamente Rob; bien se conocía que estaba en la mayor deses-

peración, pero procuraba disimularlo guiando á sus acompañantes por las calles más apartadas.

Dieron vuelta á la esquina de una plazoleta dominada por un campanario y sin vecindad apenas, pues no había más que una lechería y un almacén de botellas de vidrio. Rob dejó el caballo de patas blancas en manos de un mozo de cuadra, en una cochera que allí tenía sus puertas y luego invitó á las dos mujeres á que se sentaran en un banco de piedra, mientras él iba en busca de algo que beber. Y en efecto, volvió á los pocos instantes con un jarro de cerveza y un vaso.

— A la salud de tu amo míster Carker — dijo lentamente la vieja antes de beber. — ¡Dios le bendiga!

— ¡Pero yo no he dicho á usted quién era! — observó Rob abriendo los ojos asustado.

— Pero nosotras le conocemos de vista — dijo mistress Brown, cuya temblorosa cabeza se quedó inmóvil un momento por la fijeza de su atención. — Le hemos visto pasar á caballo, cuando tú ibas corriendo detrás de él.

— ¡Ah, ah! — exclamó Rob sintiendo mucho no haberlas visto entonces para escapar por otras calles. — Y reparando en que no bebía Alicia dijo : — ¿Qué le pasa, por qué no bebe?

Alicia estaba envuelta en su mantón y como abstraída, sin hacer caso de que Rob había llenado de cerveza el vaso para ella.

— No te importe — dijo la vieja á Rob — déjala, tiene un genio muy raro. Volvamos á lo que decíamos. Míster Carker...

— ¡Silencio! — dijo Rob; mirando cautelosamente á todas partes, á la tienda de botellas, á la lechería, como si su amo pudiera aparecer por allí, de repente.

— No está aquí — dijo mistress Brown.

— ¡Quién sabe! — exclamó Rob, levantando la vista al campanario con el misterioso temor de que tal vez su amo, por su poder sobrenatural, surgiera de lo alto.

— Es buena persona ¿verdad? — preguntó mistress Brown.

— Muy astuto — murmuró en voz baja el muchacho.

— Vive fuera de la ciudad ¿no es cierto? — preguntó la vieja.

— Cuando vive en su casa — contestó Rob. — Precisamente no estamos ahora en ella.

— ¿Dónde, entonces? — preguntó de nuevo mistress Brown.

— Hospedados, cerca de casa de mister Dombey.

De tal manera miró á Rob la mujer joven que el muchacho se quedó confundido y volvió á ofrecerle un vaso de cerveza, aunque sin más resultado que la vez precedente.

— Mister Dombey, de quien me había usted hablado muchas veces ¿se acuerda usted? — dijo Rob dirigiéndose á mistress Brown.

La vieja contestó con un movimiento de cabeza afirmativo.

— Pues bien — continuó Rob — mister Dombey se ha caído de su caballo y mi amo tiene que hacerle compañía mientras está malo, ó tiene que hacer en la misma casa de mister Dombey, con él, con mistress Dombey, con otros. Por esto nos quedamos en la ciudad.

— Son buenos amigos ¿no te parece? — dijo la vieja.

— ¿Quiénes? — preguntó Rob.

-- Él y ella.

— ¿Mister Dombey y su señora? ¡Qué sé yo!

— No, hombre, no : tu amo y mistress Dombey — repuso con zalamería la vieja.

— No lo sé — dijo Rob mirando de nuevo con inquietud en derredor — no lo sé; pero supongo que sí. ¡Qué curiosa es usted, mistress Brown! Quien mucho habla, mucho yerra.

— ¿Qué mal hay en esto? — exclamó la vieja riéndose y dando palmadas. — Este chico se ha vuelto tonto desde que anda en negocios. Vamos, ¿qué mal hay en esto que digo?

— Mal, ninguno — repuso Rob volviendo á mirar cautelosamente á las tiendas y al campanario. — Pero llevar y traer chismes sobre mi amo, aunque fuera sólo contar los botones de su chaleco, eso nunca. No diré nada. Más cuenta me tendría echarme á ahogar. Ya me lo ha prevenido. Ni siquiera hubiese dicho á usted su nombre, á no haberlo sabido usted ya. Hablemos de otra cosa.

Mientras Rob volvía á examinar con la vista los parajes hasta donde alcanzaba, la vieja hizo disimuladamente señas á su hija. Fué un movimiento rápido, pero la joven se enteró y contestando con una mirada se rebujó más en el mantón siguiendo, en apariencia, indiferente.

— Rob, querido — dijo la vieja señalando á Rob un sitio en el banco — siéntate aquí : tú has sido mi predilecto siempre. ¿No te acuerdas? Vamos ¿no es cierto?

— Sí señora — replicó Rob, aunque á regañadientes.

— ¡Y me vas á dejar así! — exclamó la vieja abrazando al muchacho. — Te vas á ir, no sabré más de ti, de tu suerte, ¡oh, oh!

— No grite usted así — exclamó el chico — me compromete usted, porque puede oírlo mi amo...

— ¿Vendrás á verme, Robby? — dijo la vieja. — ¡Oh! ¿no vendrás nunca á verme?

— Sí señora, iré, se lo prometo — contestó Rob.

— Muy bien : así quiero yo á mi chico — dijo mistress Brown limpiándose las lágrimas que caían por su arrugada cara y abrazando nuevamente al muchacho. — En el sitio de siempre, ¿eh?

— Sí señora.

— ¿Pronto y á menudo?

— Sí, sí, sí. Está dicho, con alma y vida.

— De este modo — dijo mistress Brown levantando las manos al cielo — si cumple con fidelidad su palabra, no iré á buscarle nunca, aunque sé dónde está, y nunca diré ni una sílaba acerca de él ¡nunca!

Esta jaculatoria tranquilizó algo al desventurado Rob; estrechó la mano de mistress Brown y con lágrimas en los ojos la suplicó que le dejara para no perjudicarle en su porvenir. Así se lo prometió mistress Brown : pero antes de echar á andar detrás de su hija, que ya se había puesto en pie y se marchaba, pidió en voz baja al chico un poco de dinero :

— Un chelín, queridito, un chelín — dijo con ademán avaricioso — un chelín ó medio, en recuerdo de nuestra vieja amistad. Estoy muy pobre. Y mi hija, porque esa buena moza que ves es hija mía, medio me mata de hambre...

No sin vacilación puso Rob en manos de la vieja una moneda; pero Alicia, que se había enterado del ademán, se volvió atrás y cogiendo la mano de su madre la quitó la moneda, diciendo :

— En fin, madre, siempre venimos á parar en lo mismo : usted no ve más que el dinero. ¿No se

acuerda usted ya de lo que la he dicho? ¡Eh, joven! tome usted su moneda.

Aunque la vieja tuvo verdadero dolor al verse despojada, no se atrevió á la resistencia : no hizo más que refunfuñar en tanto que seguía á su hija. El atónito y consternado Rob se estuvo quieto, viendo como se alejaban las dos mujeres, que hablaban con mucho acaloramamiento, pues más de una vez levantó la joven la mano como amenazando á alguien. Y también la vieja amenazaba, por lo visto, al mismo objeto de la conversación que Rob no oía. Entonces, imaginándose todo esto Rob, pensó que él no querría ser, por nada del mundo, el objeto de aquella conversación y aquellas amenazas.

Con el consuelo de verse libre y la reconfortante perspectiva de que mistress Brown no viviría mucho, además de que no le molestaría como se lo había prometido, fué recuperando Rob su tranquilidad habitual. Para concluir de restaurar sus ánimos se puso á recordar la admirable manera como se había desembarazado del capitán Cuttle (reflexión que tenía la virtud de alegrarle siempre) y en tal estado se encaminó al escritorio de la casa Dombey para recibir órdenes de su amo.

Tan sutiles y vigilantes ojos tenía este amo, que Rob temblaba al encontrarse ante él y casi esperaba una reprimenda por su conversación con la vieja. Pero no fué así; mister Carker se limitó á entregarle unos papeles para mister Dombey y una cartita para mistress Dombey. Únicamente al entregarle estos escritos movió la cabeza con cierto aire misterioso diciéndole que cuidara mucho de no distraerse en el camino, cosa que para la imaginación de Rob era más amenazadora que todas las palabras imaginables

Solo otra vez en su despacho mister Carker entregóse al trabajo y así permaneció todo el día. Recibió no pocas visitas, examinó buen número de documentos, salió y entró, acudió á diversas citas de negocios y no se distrajo absolutamente con nada hasta que se acercó la hora de cerrar la oficina. Entonces puso en orden, como de costumbre, todos los papeles que tenía en la mesa y sentado en su sitio, se quedó profundamente pensativo.

En aquel instante se presentó John con unas cartas y acercándose tranquilamente las dejó encima de la mesa de su hermano y se retiró : es decir iba á retirarse, pues Carker el jefe le detuvo con una mirada y le dijo :

— ¿Qué te trae aquí?

John indicó las cartas con el dedo y no habló una palabra.

— Me extraña mucho que no se te ocurra pedir noticias de cómo sigue el principal.

— Esta mañana hemos sabido en la oficina que sigue mejor — repuso John.

— ¡Qué bueno es usted! — dijo James sonriéndose — verdad es que le ha costado á usted años. De seguro que si le ocurriera una desgracia al principal, se quedaría usted desconsolado.

— Lo sentiría mucho, James — contestó John.

— Lo sentiría mucho — dijo James Carker — señalando con el dedo á su hermano como si hubiese muchas personas presentes y hablase con ellas — dice que lo sentiría mucho. ¡Caro hermano! Este pobre, que está metido en un rincón, de cara á la pared, como un cuadro vuelto del revés, llevando así Dios sabe cuantos años : él es todo gratitud y respeto y adhesión... y quiere hacérmelo creer!

— No pretendo que lo creas, James — contestó su hermano. — Basta con que no me juzgues ni mejor ni peor que otro, el que fuere. Me has preguntado, te he contestado, y nada más.

— Y di, servilón — exclamó James con inusitada ira — ¿no tienes tú más motivo de queja que los otros? ¿No te resientes de malos tratos, de insolencias, de perversidades, de altiveces, de injusticias de todas suertes? ¡Qué diablo! ¿Es usted un hombre ó un ratón?

— Sería muy raro que habiendo vivido tantos años, en relación de superior á inferior, dos personas, no tuvieran que reprocharse algo, recíprocamente — replicó John. — Pero, aparte de mi historia de aquí...

— ¡Su historia de aquí! — exclamó James. — Ya estamos. De que se haya puesto él en un caso extremado quiere inferir que todo pertenece al mismo capítulo. ¿Y qué?

— Aparte de esto, de que, como me has dicho repetidas veces, le estoy obligado mucho más que los otros (felizmente para los otros), no hay nadie en esta casa que tenga tanto sentimiento como yo. Porque no irás á imaginarte que haya alguien capaz de mirar indiferencia un accidente ó una desgracia de que ea víctima el dueño de la casa.

— Tienes excelentes razones para ser muy adicto suyo — dijo desdeñosamente James. — ¿No comprendes que te toleran aquí sólo como ejemplo de la magnanimidad y clemencia de Dombey é Hijo, para que redunde en mayor crédito de tan ilustre casa?

— No — contestó su hermano — yo he pensado siempre que me tienen aquí por motivos más desinteresados y benévolos.

— Eso es — dijo James sonriendo de manera fe-

lina. — Ahora vas á salir con algún precepto cristiano...

— No, James; — contestó John Carker — aunque el vínculo fraternal esté roto desde hace mucho tiempo entre nosotros...

— ¿Y quién lo ha roto, buen señor? — dijo James.

— Yo, por mi mala conducta. No te echo la culpa.

James Carker hizo un ademán como diciendo:

« ¡Ah! no me echa la culpa; menos mal » y su hermano siguió:

— Decía que no obstante hallarse roto el vínculo fraternal entre nosotros, te ruego no me ataques con innecesarias alusiones, con equivocadas interpretaciones de lo que digo ó quiero decir. Únicamente me proponía indicarte que no tendrías razón al imaginarte que nadie más que tú tiene interés por la prosperidad de la casa. Claro está que tú eres el primero por razón de las distinciones que mereces (distinciones debidas, lo reconozco, á tus grandes capacidades) y por las cuales te hallas casi en pie de igualdad con mister Dombey, enriquecido por él mismo; es muy cierto que eres y tienes derecho á ser el primero; pero no hay en la casa nadie, créelo, que deje de participar de estos sentimientos que te he dicho.

— ¡Mentira! — exclamó James Carker, rojo de cólera — ¡Eres un hipócrita! ¡Estás mintiendo!

— James — repuso John enrojeciéndose también — ¿Qué te propones con esas palabras insultantes? ¿Por qué las empleas contra mí, que no te provocho?

— Le digo á usted — gritó James Carker — que es usted un hipócrita — no hay nadie más hipócrita que usted en la casa — y que su hipocresía de humildad no va conmigo. No señor; yo sé bien lo que pasa. No hay empleado alguno, aquí, desde el pri-

mero, yo, puesto que usted reconoce que el primero soy yo, hasta el último (por quien usted tanto se interesa justificadamente puesto que le toca muy de cerca), no hay nadie que no esté dispuesto á alegrarse, en el fondo de su corazón, de que al amo le acontezca cualquier cosa humillante. No hay nadie que deje de aborrecerle en secreto; que no le desee mal; que no deseara volverse contra él si tuviera fuerza y valor para hacerlo. Cuanto más cerca se está de sus favores, más se sufre de su insolencia: á mayor aproximación, mayor repulsión. Tal es aquí el credo.

— Yo no sé — dijo John Carker cuyo movimiento de ira se había trocado en sorpresa — que es lo que puede haberte sugerido semejantes ideas, ni porqué me escoges á mí, más bien que á otro cualquiera, para tantear el estado de ánimo entre lo empleados. Porque ahora comprendo que tu propósito no es otro que éste: tu aspecto y tus maneras son enteramente distintos de lo que siempre he visto en ti. Lo único que puedo decirte es que te equivocas.

— No me equivoco — repuso James Carker — Estoy seguro de lo que afirmo.

— Te engaña quien te haya comunicado esos informes — añadió John — ó te engaña tu propia suspicacia.

— No hay suspicacia — repitió James. — Tengo la certidumbre. Sois todos unos pusilánimes, abyectos, viles perros. Todos tenéis idéntica apariencia, todos salmodiáis el mismo cuento, todos lloriqueáis con iguales protestas, todos dejáis transparentar igual secreto.

John se retiró sin contestar una palabra y cerrando la puerta al marcharse. Su hermano arrimó una silla

á la chimenea, se sentó y se puso á arreglar la lumbre con las tenazas.

— ¡Cobardes, siervos aduladores! — murmuró Carker entre dientes. — Ni uno sería capaz de hacer otra cosa que lo que ha hecho éste, fingir que le choca ó le indigna lo que he dicho. Pero déseles ocasión, ánimo para aprovecharla, y todos gozarían pulverizando el orgullo de Dombey lo mismo que pulverizo yo esta brasa.

Y sonriendo como á la vista de una agradable imagen, por su recuerdo sugerida, siguió murmurando:

— Y eso sin que les atrajera una reina orgullosa también, con orgullo que no se olvida, bien lo sabemos.

Quedó sumido en meditación, y como soñando, al amor de la lumbre. Por último, se puso de pie, miró en derredor como si despertase, cogió el sombrero y los guantes, y se fué en busca de su caballo, que le estaba esperando. Entonces montó, y poniendo su caballo al paso, se internó por las calles, alumbradas ya por el gas, pues se había hecho de noche. Así llegó á la esquina de la casa de Dombey, al mismo sitio desde donde había contemplado una vez cierta ventana, aquella donde vió á Florencia y el perro. Ahora aquella ventana estaba á oscuras. Pero muy pronto se sonrió Carker, apartando su mirada de aquella casa, como si no valiera la pena de ocupar su atención.

— Hubo algún tiempo — dijo para sus adentros — en que convenía velar por esa estrellita naciente, examinar cuidadosamente las nubes que pudieran oscurecerla; pero ha surgido un gran planeta, y en su radiante luz ha quedado anegada la estrella.

Volvió el caballo hacia la esquina y trató de ver si

había alguna ventana alumbrada á espaldas de la casa. Acordábase de la habitación donde le recibió una altiva dama, adornada con palatina de riquísimas plumas, agitadas como por el soplo de una tempestad rugiente á lo lejos. Estos eran sus pensamientos cuando, poniendo su caballo al trote largo, se metió por desiertos parques.

Fatalmente se dirigían sus pensamientos á una mujer, á una mujer orgullosa, que le aborrecía pero que paulatinamente y de modo seguro había ido á parar al punto que él quería, á sufrir su presencia, á permitirle que disfrutara del privilegio de conversar con ella, de recibir sus confidencias acerca del desprecio que su marido la merecía, del poco aprecio que ella de sí misma hacía. Iban estos pensamientos dirigidos á una mujer, una mujer orgullosa, que le aborrecía, que le conocía y que desconfiaba de él por esto, y también porque estaba persuadida de que él la conocía. Pero en esta mujer, á pesar de todo, predominaba un violento deseo el de vengarse de su marido; deseo de venganza que á veces era como una idea rápida y á veces parecía gravitar con pesadumbre sobre su mente inficionando su alma.

¿Era la fantástica imagen de esta mujer la que flotaba ante él delante del caballo? ¿No le parecía realidad aquella imagen?

Sí, la veía con la imaginación exactamente como era. Acompañábale con su orgullo, su resentimiento, su odio; todo ello tan arrebatador como su hermosura, tan manifiesto como su mismo menosprecio. Unas veces veía la imagen vaporosa erguida delante del caballo, otras veces arrojada á sus pies confundida con el polvo. Pero siempre como era, sin disfraz

y señalándole la vía peligrosa que ambos iban siguiendo.

Cuando llegó á su casa se vistió elegantemente, y en seguida fué á casa de mister Dombey, á las habitaciones de Edith, y cuando vió á ésta le pareció que era la imagen que le había acompañado poco antes. Tal vez llegó en su imaginación á sospechar el misterio de la mano enguantada y por esto la mantuvo entre las suyas más tiempo. Por la vía peligrosa en que iban, ella no daba un paso sin que él pusiera inmediatamente su pie sobre la misma huella.

FIN DEL TOMO III

ÍNDICE

XXXI. — La boda	1
XXXII. — El guardia marina de madera se va en pedazos	27
XXXIII. — Contrastes	53
XXXIV. — Otra madre y otra hija.....	71
XXXV. — La feliz pareja	87
XXXVI. — El banquete de estreno.....	105
XXXVII. — Varias advertencias valen más que una...	123
XXXVIII. — Miss Tox saca partido de un antiguo conocimiento	139
XXXIX. — Nuevas aventuras del capitán Edwards Cuttle	153
XL. — Relaciones domésticas.....	178
XLI. — Más voces de las olas.....	202
XLII. — Confidencial y accidental.....	219
XLIII. — Horas de la noche	241
XLIV. — Una separación	252
XLV. — El fiel agente	269
XLVI. — Reconocedor y reflexivo.	282